

en la memoria. Penosa era su situación, y parece increíble que hubiera podido sostenerse en ella, sin quebrantar su tenaz resolución, durante los seis ó siete meses que tardó en adquirir, aunque imperfectamente, el lenguaje de los indios. Pero ¡cuánto puede la constancia de un ánimo invencible!

Luego que pudo comunicarse con los ariscos indios, vislumbró algunas esperanzas de buenos resultados en su empresa. El carácter apacible y las dulces palabras del sacerdote, ablandaron insensiblemente aquellos fieros pechos: su resignación en las hambres, su callado sufrimiento en las crueles miserias que padeció, pues nunca pidió cosa alguna, los convenció que no era el interés el móvil de sus pasos: la solicitud generosa con que los curaba en sus enfermedades obligó la gratitud de los indios, que ménos esquivos, comenzaron á frecuentar su compañía. Pudo entonces Carranza completar sus conocimientos en el idioma, y á su vez los indios, con el trato, le cobraron una confianza sin medida, concurriendo muchos á su presencia cada día para consultarle sus dudas y escuchar sus consejos: al fin, los chontales amaron al religioso como se ama á un padre.

El sacerdote aprovechó discretamente la influencia que llegó á ejercer sobre ellos y el conocimiento del idioma adquirido á costa de tanto sacrificio. Los sacó de sus cuevas: los indujo á prestarse mútuos auxilios, explicándoles cuánto es útil el dulce lazo de la amistad con que unos á otros deberían vivir estrechamente unidos, pues ántes cada cual moraba en su barranca con sus hijos, sin relacionarse sino muy escasamente con los demás vivientes: con las lecciones de caridad cristiana que les repetía, ensanchó el círculo reducido de la sociedad de la familia; y haciéndoles comprender las ventajas de la sociedad civil, formó pueblos, levantó iglesias y chozas, todo de humilde paja: indicó á los indios cómo habían de vestirse para cubrir la honestidad: bautizó á la mayor parte, les enseñó los rudimentos de la fé, y aun

escribió en su idioma instrucciones religiosas, sermones y devocionarios, que no les fueron poco útiles.

6.—Como por todas partes se conocia la índole indomable de aquellos fieros indios, cuando llegó á saberse su conversión al Evangelio, todos se admiraron, reputando aquella obra por milagro. Milagro fué en efecto de paciencia, de laboriosidad y de sufrimiento; milagro que costó á su autor nada ménos que la existencia. Las hambres frecuentes, los alimentos sin preparación alguna, las noches á la intemperie y sin abrigo, las marchas continuas á pié por los montes en busca de los indios y las incesantes fatigas en el ejercicio de su ministerio durante doce años no interrumpidos, le causaron una cruel enfermedad que ningun remedio pudo curar. Murió en Tequisistlan, víctima de su celo apostólico, mas con el consuelo de no haber regado estérilmente su sudor.

El cariño que los indios consagraron á su ministro fué proporcionado al pesar que manifestaron en su separación. Desampararon sus pueblos, se retiraron á sus cuevas y no quisieron prestarse dóciles á los nuevos sacerdotes que señalaron los superiores regulares. Domingo de Grijelmo, que fué el inmediato sucesor de Carranza, hizo algunos esfuerzos para reducirlos de nuevo, sin conseguirlo completamente. Duró poco en este ministerio, así como Fr. Diego Serrano. El que verdaderamente siguió los pasos del apóstol de los chontales, fué Fr. Mateo Daroca, de quien hablaremos despues.

7.—Lo que Fr. Diego conseguía entre los chontales, lograba también en Teitipac, aunque á ménos costa, Fr. Pedro de Feria. Es probable que ántes hubiese sido predicado el Evangelio en este pueblo, pero solo pasajeraamente fué el último religioso quien se detuvo muchos años inculcando allí la fé católica. En aquella época, por una

disposicion particular de la Providencia, no fueron escasos esos hombres generosos, que consagrados por completo á la realizacion de un designio elevado, todo lo sacrificaban en beneficio del género humano. Las utopías modernas solo han logrado hacer de cada hombre un egoista. El sentimiento religioso que animaba á los regulares hace trescientos años era más noble: movidos por él, aquellos hombres abandonaban á sus padres, olvidaban su patria, arrostraban trabajos y peligros, no por el oro ni por los placeres, sino por civilizar á un mundo: tal fué Fr. Pedro Feria.

Era natural de un lugar de su nombre en Estremadura. Sus padres fueron nobles, y en consecuencia, la primera educacion de Pedro fué esmerada. Desde sus primeros pasos en la vida, cultivó la piedad, distinguiéndose por ella de sus hermanos, tanto como se hizo notable poco despues por sus talentos en la Universidad de Salamanca, en que cursó las aulas. Su excelente entendimiento descubrió prematuramente los riesgos del mundo; por lo que, niño aún, pidió el hábito religioso de San Estéban, de la misma ciudad de Salamanca, en que desde luego se consagró al cultivo de las virtudes que podian hacerlo un monje perfecto, así como al estudio de las letras sagradas, especialmente de la Santa Escritura y de la Suma del angélico maestro. Ya sacerdote, se distinguió en el púlpito por la energía de su espíritu y la eficacia convincente de sus razonamientos.

A los veintiseis años de edad, y en 1550, fué nombrado vicario de la misma casa de San Estéban, como el más apto para hacer los honores de la recepcion al Rmo. General Fr. Vicente Justiniani y á tantos otros respetables varones que de todas partes concurrían al capítulo general de la Orden. Cumplió satisfactoriamente su encargo, pero fué á costa de su propia quietud, pues la estimacion que conquistó y el crédito que adquirió fueron tales, que luego los superiores, para utilizar sus prendas, lo destinaron al gobierno y á las prelacías siempre temidas por las personas

justificadas. Para huir los peligros de esos puestos de honor, Fr. Pedro determinó pasar á las Indias, alistándose, con licencia de los prelados, entre los que deberian caminar en un viaje inmediato.

La marcha fué como se acostumbraba en ese tiempo, á pié, con el hábito remendado, la capa raída, el breviario en el cinto y la alforja provista solo con el auxilio de las limosnas. En México permaneció poco tiempo: los superiores lo destinaron á Oaxaca, en donde á su turno fué señalado por morador de Teitipac. Largos años permaneció en este pueblo, constantemente ocupado en doctrinar á los indios, convertirlos á la fé y sostenerlos en su nueva religion. Es admirable que haya querido esconder sus talentos en un pueblo oscuro, y que á tantas fatigas consagrarse su vida sin esperar otra recompensa que el cielo. El fruto que recogió fué copioso, sirviéndole mucho el conocimiento perfecto del idioma, que logró poseer, y que hablaba con mucha propiedad en las voces, elegancia de frases y naturalidad en los giros. En 1570 imprimió un librito intitulado: "Gramática castellana y zapoteca," que fué muy útil á los ministros que le sucedieron.

8.—Entre éstos se hizo notable Fr. Domingo de Grijelmo, de quien conviene dar alguna noticia. Era español, y habia profesado en el convento de Santa Cruz de Segovia. Cuando aún permanecía en la península tenia tal deseo de predicar á los indios, que acusaba su propia tardanza, lamentando que otros le hubiesen prevenido en tan laudable como penosa tarea. Enérgico de carácter, acometía con valor y proseguía con perseverancia la ejecucion de sus difíciles determinaciones: consigo mismo era severo con exceso. En Oaxaca aprendió el idioma zapoteca, que hablaba casi con tanta correccion como Fr. Pedro Feria. Predicó frecuentemente dejando ver en sus sermones su celo ardiente por la pureza de la fé y su profundo conocimiento de las cos-

tumbres del país. Tanta era su compasion por las miserias que padecian los pobres zapotecas, que partia con ellos la porcion que para sus alimentos le señalaba el convento: tanto pesar recibia por los agravios que les inferian los conquistadores, que al conocerlos derramaba lágrimas.

En medio de sus fatigas apostólicas, oyó decir que allá entre las asperezas de las incultas montañas de los chontales estaba derramado un pueblo cerril é indómito, que olvidado de las instrucciones de Fr. Diego Carranza, habia vuelto á sus antiguas y bárbaras idolatrías; y sabiendo que hacia falta un sacerdote resuelto que los redujese de nuevo, se ofreció á la difícil tarea. En efecto, acompañado de otro religioso modesto y caritativo, Matías Portocarretero, se dirigió á la Chontalpa, sin otra prevencion que la alforja en que depositar las tortillas que mendigase.

No es fácil decir cuántas fatigas, hambres y peligros soportaron en el cumplimiento de su propósito. No fué el menor trabajo aprender un idioma rudo y salvaje como el que se habla en aquellas montañas. Marchaba Grijelmo á la ventura, entre los bosques poblados de fieras; y cuando encontraba al paso algun indio, trababa conversacion con él, siguiéndole por las quiebras y derrumbaderos, persuadiéndole la importancia de la vida cristiana y social. A veces descubria en la sima de profundas cañadas una cabaña aislada: sin tardanza se encaminaba hácia ella, resuelto á perecer, si era preciso, con tal de señalar á los ariscos indios el camino de la felicidad. De allí partia para otra, levantada acaso sobre un alto y desnudo peñasco, ó para alguna cueva escondida entre inaccesibles gargantas. Endurecidos los chontales en el ejercicio de una vida áspera, todavia encontraban admirable á Fr. Domingo, que como ellos, saltaba sobre los riscos con la ligereza de una cabra, y que á veces, manando sangre por las heridas de las zarzas, los seguia sin embargo, hablándoles del Salvador Jesucristo. Cuando despues de tantas fatigas sentia cansan-

cio y hambre el ardiente misionero, encaramábase en los árboles para cortar sus frutos, y se reclinaba para dormir pocas horas sobre las hojas secas del campo. ¡Cuántos sudores, qué penosos sacrificios costó á los frailes organizar la sociedad oaxaqueña y hacerla marchar como se ve en la actualidad! Al hombre juicioso causa indignacion observar que hay quien pasea por los pueblos miradas estúpidas, sin ocurrírsele siquiera preguntar ¿quién congregó á los indios en poblaciones, quién levantó en medio de ellas suntuosos templos?

9.—Antes de que los chontales fueran reducidos completamente, Fr. Domingo fué arrancado de su seno por la obediencia y destinado á Teitipac. Aquí habia predicado el Evangelio el P. Feria; los indios, sin embargo, no se habian convertido tan sinceramente, que no conservasen muchos en secreto los errores y culto de su antigua gentilidad. Grijelmo tuvo noticia de apostasia tan lamentable, inquirió con diligencia y descubrió que á los idólatras tenian embaucados nueve sacerdotes gentiles, tan ciegos y obstinados en sus errores, tan obscenos en sus costumbres, como hábiles para engañar á los crédulos con narrativas de apariciones y visiones extraordinarias. Fr. Domingo hizo constar con toda exactitud la verdad del hecho, sustanció la causa con las formalidades que el derecho prescribe, hizo aprehender á los nueve impostores, y dejándolos asegurados, se encaminó á Oaxaca para dar conocimiento del caso al Illmo. Alburquerque. El obispo tomó providencia para reducir á los extraviados; mas como éstos, con escándalo público y gran daño de los indios, que á toda prisa se iban alejando del cristianismo, permaneciesen obstinados, con madura consulta se determinó á hacer una demostracion, simulando que se les daría muerte por medio del fuego, para obligarlos con el asombro y el miedo á renunciar á los ídolos.

Se reclamó, pues, el auxilio del brazo secular, se nombró defensor á los culpables, se terminó la causa con sentencia de muerte, se prepararon nueve maderos, en que los delincuentes fueron atados, teniendo á sus piés cada uno leña suficiente para ser abrasado, y en medio de inmenso concurso, se les conminó con una muerte segura y próxima, si no renunciaban á sus errores. ¡Amenazas inútiles! Ni ellas, ni los ruegos de Fr. Domingo, ni las lágrimas y clamores de la multitud pudieron ablandarles. Aquellos fanáticos estaban acaudillados por uno más obstinado aún, que reía y burlaba de los religiosos cuando éstos le hablaban del Salvador, y que sostenía la indocilidad de sus compañeros con razonamientos y promesas halagadoras, asegurándoles que no se atreverían los cristianos á quemarlos y que llegado el caso, los dioses los sacarían ilesos del furor de las llamas, pues así se lo habían asegurado.

Puestos los nueve en el patíbulo, esperaban los indios, que de muy léjos habían concurrido, el éxito de las promesas de aquel impostor. Fr. Domingo subió á una eminencia, desde donde pudiera ser escuchado de todos, y con animación y tono levantado comenzó un discurso en que manifestaba vivos deseos de que aquellos desgraciados abandonasen sus locas supersticiones, demostrando con toda evidencia la verdad de la religión católica. Ellos permanecieron inmutables. A la mitad del sermón, el sacerdote parecía estar poseído por un espíritu superior: hubo un momento en que puso los ojos en alto y con energía singular pronunció aquellas palabras de un salmo *Exurge, Domine, judica causam tuam*. "Levántate ¡oh Dios! y juzga tu causa." En ese instante, por acaso se prendió fuego en la leña de los braseros, ó tal vez, una mano oculta produjo la destructora llama. Burgoa dice que descendió fuego del cielo. Lo cierto es que nadie vió ni supo explicar cómo tuvo principio el incendio; y que cuando todos volvieron el rostro, crecían rápidamente las llamas y amenazaban de vo-

rar á los reos. El concurso se conmovió: el sacerdote clamó pidiendo á los presentes que extinguiesen el fuego; todos acudieron: fué inútil: el viento, excitado por las llamas, soplabla sobre ellas en remolino, haciéndolas crecer con pujanza increíble. Pocos minutos fueron bastantes para que la obra terminase. Cuando las llamas cesaron y el humo se disipó, en medio de un pavoroso silencio se dirigieron todas las miradas á los braseros: el principal dogmatista estaba convertido en pavesas; sus ocho compañeros, á pesar de estar inmediatos al lugar del siniestro, se conservaban con vida y permanecían ilesos.

El culpable había sido juzgado por la autoridad eclesiástica con todas las formalidades prescritas por el derecho: entregado al brazo secular, y permaneciendo obstinado, fué legítimamente condenado: visto, pues, el caso á la luz de la legislación de aquella época, la muerte fué justa, y el desgraciado sucumbió como solían morir los apóstatas. Pero no fué esta la intención de sus jueces: se quería representar una comedia, simulando que se le daba la muerte, para obligarlo por el temor á cambiar de creencias: bajo este aspecto no fué discreta la determinación de la autoridad. Se creyó después que la muerte del dogmatista había sido castigo del cielo; y en efecto, puede haber sido un castigo fulminado providencialmente sobre el delincuente ó sobre los autores del imprudente consejo, pues no impunemente se juega con la vida de un hombre.

El venerable obispo no estuvo presente al acontecimiento: practicó después severas informaciones; mas no encontró culpable á nadie. El P. Domingo de Grijelmo fué perseguido por las opiniones, que con estrépito se cruzaban entre seglares y eclesiásticos, disputándose si estaba irregular, con tanto calor, que aun á la Universidad de México se dirigió consulta en la materia. La respuesta del claustro fué favorable al misionero. Dios cuidó de justificarlo mejor, pues más adelante, veinte años después de su muerte, que

aconteció en 1592, con ocasion de renovar el altar mayor del templo en que está sepultado; al exhumar el cadáver, se encontró fresco y exhalando grato olor. <sup>1</sup>

Los ocho culpables que sobrevivieron fueron instruidos y de nuevo convertidos al Evangelio. Por sus declaraciones se pudo encontrar el templo en que adoraban los indios cuatro ídolos de piedra de figura humana, notablemente deformada. Se hallaron también navajas de pedernal para las penitencias, sahumadores en abundancia y ofrendas recientes de flores. De un viejo sacristan que cuidaba del culto de estos dioses, no se halló entonces ni despues vestigio: es probable que hubiese escapado á los montes.

<sup>1</sup> 'El P. P. G. Fr. Christóval de Chavez de Castellanos, en el lib. 4, cap. 8, de la Poblacion de las indias que dejó manuscrito: hablando del Sto. P. y Apostólico Varon Fr. Domingo Grigelmo, Ministro Excelentísimo zaapoteca, dice que su cuerpo está oy enterrado, y entero en el Convento de Zimatlan de esta Provincia de Guaxaca: y el año de 1620, queriendo bajar el altar mayor el P. Fr. Márcos de Bocarando Pred: G. Vicario que era de aquella casa, le sacó de dó estaba enterrado, mas habia de quarenta años: por que fué forzoso hacerlo, por estar en la propia peaña del altar mayor, que se habia de bajar al lado del evangelio: para tornarle á dar sepultura en el propio planicie de el altar Mayor que se hazia de nuevo: Y halló el cuerpo de el Sto. Apostol de esta Zaapoteca, entero, con su habito, manos y rostro como si le acabassen de enterrar: y así lo mostró á otros religiosos que presentes estaban, que fueron testigos de ellos, con otros muchos españoles, oficiales de la obra, y indios, y lo tomó por testimonio: y hecho esto, lo tornó á enterrar.' (Nota tomada de los Ms. de Fr. Leonardo Levanto, en el folio 2º del Ms. suyo que tengo en mi poder).

FIN DEL TOMO PRIMERO

## INDICE DEL TOMO PRIMERO

	Páginas
PRÓLOGO .....	1
CAPITULO I.—GEOGRAFÍA.—1. Límites.—2. Configuracion y aspecto físico.—3. Mares, golfos, puertos.—4. Istmo.—5. Montes.—6. Volcanes.—7. Rios.—8. Climas.—9. Poblacion.—10. Idiomas.—11. Religion.—12. Carácter. ....	3
CAPITULO II.—PRIMEROS POBLADORES DE OAXACA.—1. Relaciones entre la historia de México y Oaxaca.—2. Gigantes.—3. Huesos fósiles.—4. Tradiciones.—5. Idiomas en sus relaciones con la etnografía.—6. Chatino.—7. Huave.—8. Dinamarqués.—9. Chontal.—10. Chinanteco.—11. Mije.	11
CAPITULO III.—PRIMEROS POBLADORES DE OAXACA. (Continuacion.)—1. Primer pueblo zapoteca.—2. Zaachilla.—3. Quetzalcoatl y los zapotecas.—4. Toltecas y zapotecas.—5. Epoca de la inmigracion zapoteca en Oaxaca.—6. Orígen fabuloso de los mixtecas.—7. Primer pueblo de las mixtecas altas.—8. Antigüedad en el país de los mixtecas.—9. Epoca de su inmigracion al suelo de Oaxaca.—10. Antiguos viajes de zapotecas y mixtecas.—11. Los triquis, chochos y huitincamemes .....	29
CAPITULO IV.—ORGANIZACION, ARTES Y COSTUMBRES.—1. Relaciones entre México y Oaxaca.—2. Comercio.—3. Plateros y lapidarios.—4. Otros oficios.—5. Caza.—6. Agricultura.—7. Pesca.—8. Plantas medicinales.—9. Astronomía y cronología.—10. Organizacion política. ....	57
CAPITULO V.—RELIGION.—1. Vestigios del cristianismo.—2. Quetzalcoatl.—3. La cruz de Huatulco.—4. Guixipecochi.—5. Pintura encontrada en Nejapa.—6. El alma del mundo.—7. Sacerdotes mixtecas.—8. Adoratorios de Yanhuitlan,	